



## ¿MÉXICO, ESTADO FALLIDO?

**Antonio Hermosa Andújar**  
(Universidad de Sevilla)

*Rebotao* por esas malas voces que cada vez con mayor insistencia resuenan por ahí —o mejor, por *allá*, o sea, al otro lado de la frontera- apostrofando a México de *Estado fallido*, nada menos que el propio presidente de la entidad ha salido al paso diciendo que *te la vi, pillín* a cada uno de los interfectos, recriminándoles, además, por ese “daño tremendo” que causan a las autoridades mexicanas, tan impolutas ellas. ¡Así se *sale*, Presidente! ¡Seis años más para él!

¡Ah, las pobres autoridades mexicanas! No sólo las amenazan y las asesinan algunos desalmados que igual hasta forman parte de su pandilla; no sólo prevarican, chantajean, las detienen, las juzgan, las condenan, se escapan (de las cárceles), huyen (del país), etc., sino que ahora van los de *allá* y, por si aquello fuera poco, las calumnian y difaman: ¡si es que no les dejan concentrarse en gobernar bien! O están atareadas en corromperse o en defenderse, pero, vaya, la cosa es que o no tienen tiempo o no se les da tregua para ocuparse del bien común... que en paz descanse, por cierto, como el resto de los difuntos.

Y luego está lo de la rabieta por lo del Estado fallido, que eso sí que no se va a pasar tan fácil. ¿Pero fallido, por qué, tronará el Presidente? Además, que seguro que quienes lo dicen no son nada ilustrados, y se olvidan de que ese concepto-trampa (como te dirá cualquier gran intelectual *progre* latinoamericano al que preguntes), otro agente intelectual del imperialismo yanqui, se aplica sobre todo en



el concierto internacional, y aunque éste sea el caso sólo a los Estados Unidos, que no son trigo limpio, se les ocurre una cosa así: ni Fidel Castro llegó tan lejos cuando se peleó contra mi predecesor, se dirá el Presidente; y se suele aplicar –no olvide Vd. esto, pérfido *infundidor*- de los Estados que no controlan su territorio.

¿Y qué, no controla México su territorio? Bueno, es verdad, que un poco por allí lo tienen los insurgentes, otro poco allá se lo reparten más insurgentes, pero en realidad se lo tenemos alquilado; y también es verdad que la zona de la frontera la administra la mafia. ¡Pero es que es muy poderosa, oiga! Que todo el mundo parece aquí hacerse el loco y no tenerlo en cuenta: ¡pero si hasta las autoridades de Arizona se quejan de lo mismo, y eso que ellos sí que no son un Estado fallido, pues forman parte de Estados Unidos! Y luego, uno no es que quiera añadir más excusas, ¿pero no han terminado ustedes de captar las ventajas de que el territorio fronterizo lo controle la mafia? ¡Eso significa que algunos ciudadanos mexicanos pasan de un lado a otro de la misma como Pedro por su casa, sin utilizar pasaporte! Ahí sí que le hemos dado en *toda la madre* (como decimos nosotros, los mexicanos) a los gringos, ahí sí que nos reímos de ellos: ¡vivan nuestros narcos, auténticos próceres patrios y rescatadores del honor nacional!

¡Y hay más, conciudadanos! La vida, como sabéis, está un poco demasiado *achuchá*, razón por la cual tampoco está de más olvidarse de ella con algún saleroso canutillo de vez en cuándo: ¿y dónde te lo vas a conseguir más fácilmente, con menos gastos de desplazamiento? Y está también lo de las grandes cantidades de dinero con las que generosamente los narcos riegan la zona; porque hay que ver la pasta que se dejan en propinas, que hasta los camareros son allí la envidia de los ministros y otros funcionarios –en fin, de todos no, porque ya sabéis que aunque algunos han renunciado al aumento de salario, al final van a ganar más de lo que les tocaba por el aumento: ¡pero qué sería de México sin sus misterios, conciudadanos!-. Ya sé que a veces algunas balas tropiezan con ellos cuando



sirven al mafioso de turno, pero seguro que el buen dios, cuyos designios nadie conoce y por lo cual *categorizo* su nacionalidad mexicana, los acogerá en su gloria, por lo que ¡en gloria estén! ¡Y dejen para otra ocasión, con más tiempo, hablaros de cómo pululan los negocios, que tanto trabajo dan (y que se jodan los chinos), tras lavar cantidades tan ingentes de dinero!

¿Pero fallido, por qué?, seguirá tronando el Presidente, porque, insisto, de ésta no se olvidará tan fácilmente. Y se comprende, porque seguro que lo primero que le pasó por la mente fue un ruborcito de vergüenza intuyendo que los de allá declaraban fallido a México por haber sido capaz de haber elegido para la Presidencia a un tipo como él; pero, ebrio de esa legendaria sangre fría con la que a diario nos asombra, seguro que enseguida se sobrepuso, al recordar que uno de esos anillos perdidos entre especies que de cuándo en cuándo saltan a la palestra y con los que el género humano regresa a la naturaleza -¡ay, Mr. Darwin, qué error el suyo, hablando siempre de *evolución!*-, el tal Bush, había sido elegido dos veces en Estados Unidos, país *exitoso* donde los haya, como se sabe, tanto en materia económica como en la política exterior.

Cierto que algunas estadísticas no nos favorecen, pero tampoco es para tanto, pensaría justo después. Mas, desde luego, al riguroso plan presidencial contra el crimen organizado no parece sentarle demasiado bien que el año pasado cayeran casi 6.300 muertos, que en Juárez sólo sea noticia el día en que no los hay o se supera ampliamente la media, que tras cada investigación sobre los cárteles de la droga no cesen de aparecer nuevos miembros de las fuerzas de seguridad en plantilla, que la violencia, la inseguridad y el miedo hayan aumentado pese a que 45.000 soldados del ejército toman parte en las operaciones contra ese inframundo. Etc.

México, *técnicamente*, aún no es un Estado fallido, y en eso es menester dar razón a su Presidente. ¿Pero qué delata que uno está a punto de *creerlo* más que



esto: “Lucharemos hasta crear un país de leyes, indica Calderón”? He ahí el titular de un artículo de *El Universal* de ayer, día 26, en el que el Presidente mexicano no decía *eso*, sino esto otro: que su gobierno emprendería “una lucha sin cuartel para hacer de México un país seguro, un país donde *se cumpla la ley* [cursivas mías] y se haga cumplir por los gobiernos”. El periodista sabe que, según la Constitución, en los Estados Unidos Mexicanos impera el principio de legalidad y, sin embargo, el *lapsus* que sufre es espectacular, de los que harían las delicias de Freud, pues atribuye al Presidente el ideal de alcanzar nada menos que lo que ya se es. ¡Si se quería un indicador de hasta qué punto la realidad ha *olvidado* las normas que la rigen, ninguno más logrado! Por lo demás, repárese en que la *grandiosidad* atribuida a la empresa por el propio Presidente de llegar a *hacer* regir la ley que (ya) *rige* apunta en la misma dirección que la del titular del periodista.

Ahora bien, ¿qué es una realidad social desvinculada de las normas que la orientan y estructuran, qué es la política cuando se muestra incapaz de imponer las leyes de las que es artesana y numen tutelar? En el mejor de los casos, una nave sin timón ni rumbo, una nave a la deriva. Y cuando, además, sabemos por el propio capitán que la violencia que impide a la política llevar adelante su obra es el mejor aval de la inviabilidad de los derechos humanos; cuando, en fin, un Estado se revela incapaz de cumplir su deber básico de garantizar la seguridad y el bienestar de sus ciudadanos, de dicha política cabe lícitamente decir que ha *fallado*, y del Estado que (no) la ejerce cabe lícitamente decir que es un *Estado fallido* en el que es su cometido básico, la fuente de la que promana su razón de ser y su legitimidad. Y eso es México en la práctica, pese a su apariencia de normalidad política, que ya no engaña ni siquiera las *creencias* de sus más acreditados y directos protagonistas.

Así, pues, si de momento México aún no se ha elevado hasta ese ilustre rango del que blasonan países tan *exitosos* como Afganistán, Haití o Somalia entre



tantos otros, qué duda cabe de que si a las restantes *intenciones* políticas del Presidente y su equipo les corresponden unos *planes* tan organizados como el de la lucha contra el narcotráfico, que tan eficaz se ha probado hasta ahora, pronto alcanzará tan altas cumbres: y con el mérito añadido de no necesitar para ello echar mano de ninguna de las inmensas lacras -su hiriente desigualdad, su envilecida pobreza, su cultura política liberticida, su viril fatalismo, su obscena superstición, su...- disponibles en el repertorio histórico del México *eterno*.